

nada para la reforma de la Iglesia, que había motivado su reunión. Durante esta próroga debían hacerse los trabajos preparatorios muy importantes y difíciles, para la proyectada reforma. Esta fué la última resolución que tomó en su sesión vigésima tercera y última el concilio de Pisa. Nadie, ni los partidarios más fogosos de la reforma, protestaron; todos se contentaron con lo poco que se había hecho y con el aplazamiento de la obra magna de la reforma para mejor ocasión.

Así acabó el concilio de Pisa, que tantas esperanzas había despertado, sin dar resultado alguno, porque ni siquiera había hecho desaparecer el cisma, y muy al contrario le había extendido, exactamente como lo había predicho el rey Ruperto. En lugar de dos papas rivales había ya, con gran ludibrio y vergüenza de la Iglesia, tres, pues que ni Benedicto XIII ni Gregorio XII obedecieron, continuando reconocido el primero en España, Portugal y Escocia, y el segundo en Nápoles y en algunas otras partes de Italia y por el rey Ruperto. Mas que nunca se embrollaron los negocios políticos involucrados con los eclesiásticos. Alejandro V entabló relaciones con los adversarios del rey Ruperto y nombró legado suyo en Alemania al arzobispo de Maguncia, el enemigo principal del rey. En la lucha por el trono de Nápoles entre el rey Ladislao y Luis II de Anjou, tomó Alejandro V el partido de este último: le nombró rey de Nápoles y portestandarte de la Iglesia romana, declarando destituido a Ladislao cuando éste acababa de posesionarse de Roma y de casi todo el Estado de la Iglesia. De manera que el pretendido restablecimiento del orden en la Iglesia envolvió a la Italia central en nuevas guerras y complicaciones políticas. Por orden de Alejandro V, Baltasar Cossa, gobernador de Bolonia, donde había restablecido la autoridad del Papa, marchó contra el rey Ladislao de Nápoles, reconquistó el Estado de la Iglesia y tomó a Roma en enero de 1410. Con él fueron las fuerzas de los florentinos y las del pretendiente Luis II de Anjou. También consiguió Alejandro V posesionarse de Aviñón, arrebatando esta ciudad a los partidarios de Benedicto XIII; pero teniendo que abandonar a Pisa a causa de una epidemia, estableció por consejo de Cossa en Bolonia, desde donde excomulgó a los dos papas rebeldes y continuó la guerra contra ellos hasta su muerte, que ocurrió el 3 de mayo de 1410. Según se dice murió a consecuencia de un veneno que le propinó su poderoso canciller Baltasar Cossa, suposición completamente gratuita, pues que no la abona ninguna prueba ni tiene sombra de probabilidad. La muerte de Alejandro V, que contaba 71 años, dejó a la Iglesia dividida y en la misma situación que antes, y abrió de nuevo el campo a todas las intrigas egoístas sin que nadie se cuidara del bien de la cristiandad.

El poder estaba en manos de Cossa, del cual como dueño de Bolonia dependía la curia del tercer papado. Si la curia se hubiese atrevido a proceder con independencia, a retardar la elección del nuevo papa ó elegir un papa que no hubiese sido del gusto de Cossa, éste le habría retirado los alimentos y la habría puesto en la situación más triste. En esta posición forzosa eligieron los cardenales al mismo Cossa, cuya elección apoyó también Luis II de Anjou, porque esperaba su importantísima cooperación contra Ladislao de Nápoles. Cossa por supuesto fingió que ni remotamente ambicionaba la más alta dignidad de la Iglesia, tanto que Carlos Malatesta de Rímini trató con él para conseguir la fusión del partido de Alejandro V con el de Gregorio XII, su protegido; pero Cossa le entretuvo hasta que él mismo fué elegido. Sus enemigos mortales levantaron contra él acusaciones gravísimas sin aducir jamás pruebas, ni siquiera argumentos, que dieran visos de probabilidad a sus inculpa-

ciones. Nada de cuanto atribuyeron a Cossa tuvo éste que hacer para ser elegido papa, pues que los cardenales no podían elegir más que a él en la situación en que se hallaban en Bolonia, y toda otra elección habría resultado completamente inútil. El cónclave estuvo, pues, reunido poquísimos días, y el 17 de mayo de 1410 proclamó papa a Baltasar Cossa, que adoptó el nombre de Juan XXIII.

Cuando el cónclave reunido en Bolonia elevó a Baltasar Cossa a la silla de San Pedro, se extinguió en Alemania la vida laboriosa y casi oscura del rey Ruperto, dando lugar a una división del imperio en tres bandos, análoga a la división de la Iglesia con sus tres papas. Desde su regreso de Italia, a donde le habían hecho ir los príncipes electores para combatir a los Visconti, había luchado en vano para conservar su dignidad real. Por haber tomado el partido de Gregorio XII, se había declarado el concilio de Pisa a favor de la restauración de Wenceslao en el trono de Alemania, y Wenceslao empezó a mezclarse en los asuntos del imperio como si jamás hubiese sido destronado. En tal situación, no quedó más recurso a Ruperto para salvar la corona que luchar con las armas contra los enemigos, y en primer lugar contra el arzobispo de Maguncia, que le hostigaban por todos los lados. Una pequeña ventaja fué para él que a fines del año 1409 no se renovase la liga de Marbach. Varios adversarios del arzobispo de Maguncia, elector del imperio que a la sazón había reconocido al rey de Francia por soberano suyo, y que había excitado contra Ruperto a los señores feudales de los países del Rin, estaban dispuestos a prestar su auxilio al rey. Ruperto formó en la primavera del año 1410 en Marburgo una alianza con el duque de Brunswick-Luneburgo, deseoso de vengar la muerte de su primo Federico, y con el margrave de Hesse; pero antes de que pudiera sacar provecho de su situación tan mejorada, sorprendióle la muerte el 18 de mayo del mismo año.

Esta muerte, que ocurrió al día siguiente de la elevación de Baltasar Cossa a la silla de San Pedro, elevación tan funesta para la Iglesia, precipitó al imperio en un mar de nuevas complicaciones políticas que juntas con la confusión eclesiástica formaron una situación nunca vista. Hubo un interregno de cuatro meses que dió lugar a temores terribles. Con la muerte de Ruperto creyóse Wenceslao reinstalado en todos los derechos reales. El duque Rodolfo de Sajonia y Jost de Moravia jamás habían reconocido a Ruperto por rey de Alemania; pero por otro lado los príncipes electores del Rin eran adversarios decididos de la restauración de Wenceslao, y a éstos propuso Federico VI, burgrave (conde) de Nuremberg, por sucesor de Ruperto a Segismundo, rey de Hungría y hermano menor de Wenceslao, que había dado pruebas de pericia militar y de talento político, y tenía además en su abono a los ojos de muchos la conducta neutral y reservada que había observado en el cisma de la Iglesia. En cambio era otro pretendiente a la corona de Alemania el primo de Wenceslao, Jost de Moravia, ambicioso insaciable y tenebroso intrigante, aficionado a los caminos tortuosos. Para conciliar estos extremos se celebró a principios de setiembre una conferencia en Francfort, que no dió resultado, y en 20 del mismo mes del año 1412 fué elegido rey de Alemania Segismundo de Hungría por los votos de los electores del Palatinado, de Tréveris y de Brandeburgo, por el cual tocaba votar entonces al burgrave Federico VI de Nuremberg. Los electores de Maguncia y Colonia habían sido llamados, pero no habían comparecido, de suerte que en esta elección se había cumplido con la letra de lo dispuesto en la bula de oro. Habiéndose convenido por otra parte Wenceslao de la inutilidad de sus pretensiones a la

corona de Alemania renunció a ella, quedándose con el título de rey de romanos, título más antiguo y que venía a ser como de futuro emperador. En 1.º de octubre los príncipes electores de Maguncia, Colonia, Sajonia y Bohemia eligieron por rey de Alemania al margrave Jost de Moravia, faltando en varios puntos a la bula de oro. Con esto la Alemania tuvo tres reyes, como la Iglesia tenía tres papas. La confusión en la Iglesia y en el imperio había llegado a su mayor grado.

## CAPITULO II

EL FRACASO DE LA REFORMA POLÍTICA Y ECLESIASTICA  
EN EL CONCILIO DE CONSTANZA  
Y EL PRINCIPIO DE LA REVOLUCION HUSITA

(1414-1418)

La sociedad de la Edad media entendía por reforma radical de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros una cosa muy distinta de la idea que tiene la humanidad moderna, la cual sin quererlo confunde con el pensamiento de aquella reforma el recuerdo de los grandes sucesos del siglo XVI. Los adalides de la reforma primera no atacaban al dogma de la Iglesia, y solo pretendían la enmienda del papado, de la curia y del clero. Su objeto era la moralidad práctica, y sus armas eran más bien históricas que éticas y dogmático especulativas. Raras eran las inteligencias privilegiadas que entonces comprendían la imposibilidad de separar la forma del dogma de la Iglesia. Los que llegaron a comprender esto y procedieron conforme a este conocimiento ya no eran reformistas, sino revolucionarios, no solamente para la Iglesia sino también para el Estado, que dependía en sus funciones más esenciales del orden eclesiástico existente entonces.

El deseo de la reforma era naturalmente más fuerte en aquellos países donde por el progreso de la organización política interior se sentían más los defectos de la Iglesia, como sucedía en Francia, cuyo gobierno monárquico nacional había apartado muy temprano del alcance de la Iglesia los elementos más importantes de su vida política. Lo mismo sucedía en Inglaterra, que había sufrido mucho bajo el yugo papal y lo había sacudido en el gran período de su desenvolvimiento nacional, cuando luchaba con los franceses y escoceses aliados de la curia. En cambio la Alemania se movía en dirección opuesta. Esto explica por qué los eclesiásticos franceses eran los actores principales del movimiento reformista, y por qué fué un inglés, Juan Wicliffe, el que osó salir del cauce de este movimiento y demostró que la doctrina de la Iglesia papal se separaba en muchos puntos del Evangelio. El poder civil de Inglaterra amparó a Wicliffe contra la persecución de la Iglesia, porque defendía grandes intereses nacionales; pero cuando sus discípulos trataron de sacar consecuencias prácticas de la doctrina evangélica restablecida, cuando atacaron el orden social y económico existente en favor del pueblo bajo y pobre, el Estado lo mismo que la Iglesia no vieron en los adeptos de la doctrina de Wicliffe sino revolucionarios a quienes era menester exterminar a sangre y fuego. Para la sociedad de la Edad media no era Wicliffe un reformista, sino un revolucionario.

Por un eslabonamiento de circunstancias muy raro la doctrina de Wicliffe, suprimida en Inglaterra, fué trasplantada a la distante Bohemia, donde llegó a ser una potencia revolucionaria formidable que con su arremetida irresistible, reforzada por toda especie de fanatismo, amenazaba destruir la Iglesia, el Estado y la sociedad. La doctrina de Wicliffe,

resuscitada por Juan Huss y sus adeptos, amenazó desde Bohemia la Alemania con una revolución eclesiástica, política, nacional y social que aspiraba a reducir a pavesas el orden existente y a reconstruir radicalmente la sociedad.

El contraste de los muchos abusos de la Iglesia con el admirable orden público y administrativo que con paternal solicitud y prevision había dado el emperador Carlos IV a su país favorito, la Bohemia, hizo sentir en este país la necesidad de una reforma eclesiástica (1). Carlos IV, aficionado toda su vida a cuestiones teológicas, había procurado con gran solicitud elevar a un alto nivel la conducta y la inteligencia del clero de Bohemia, en cuyo propósito le auxiliaron eclesiásticos nobles y sinceros como Arnest, el arzobispo de Praga. No todo se llegó a purificar, pero se formó en el clero de Bohemia un partido rigorista con un matiz reformista muy pronunciado. Pertenecían a este grupo predicadores populares y teólogos doctos que en sus tareas se apoyaban mucho en el sentimiento nacional bohemio. A este partido pertenecían Conrado de Waldhausen, fraile agustino oriundo de Austria (murió el año 1369), el moravo Milicz de Cremsier, el patriota checo (bohemio-eslavo) Adalberto Ranconis, el erudito Matías de Janow (murió el año de 1394); el mismo arzobispo de Praga, Juan de Jenzenstein, estaba bajo su influencia. El objeto de su crítica eran particularmente la conducta inmoral de muchos eclesiásticos y de los frailes mendicantes, el culto de las imágenes de los santos, las indulgencias, la remisión de pecados por dinero, etc. También fué discutida vivamente la cuestión de la eucaristía, no como lo fué después por la forma en que se administraba, sino respecto de la frecuencia, queriendo el partido reformista que fuese diaria. Todos los miembros de este partido se distinguían por su entusiasmo por la nacionalidad bohemio, que querían ver prevalecer en todas las manifestaciones del país; por cuya razón se servían muchos de la lengua nacional, la checa, no solamente en sus sermones, sino también en trabajos literarios científicos. El contraste entre el elemento checo y alemán se manifestó también en el clero, siendo el checo el reformista y el alemán el no reformista. En fin, la Bohemia estaba sobrecitada en concepto eclesiástico y nacional a fines del siglo XIV y principios del XV; porque allí, como en Inglaterra, el hombre del pueblo se interesaba por las discusiones teológicas cuando éstas se tenían en lengua vulgar a su alcance; y por lo mismo empezó a manifestarse el antagonismo social en la población campesina y los nobles, señores del territorio. En estas circunstancias se presentó el joven Juan de Husinec, llamado así por ser natural de la aldea de este nombre, ó como se llamó desde el año 1396, Juan Huss. Para salir de la miseria en que se había criado, dedicóse a la carrera eclesiástica, a cuyos individuos veía prosperar desde su infancia. Hizo sus estudios en Praga, y dotado de talento mediano, aunque sin gran vuelo, tomó el bachillerato de artes en el año 1396. No adquirió la dignidad doctoral, pero desde el año 1398 ocupó una cátedra en la universidad de Praga, y es de presumir que el éxito que obtuvo fuera debido en parte a su talento de propaganda nacional, de la cual fué muy pronto jefe. En 1401 fué elegido dean y en 1403 rector de la universidad, por los votos, como era costumbre entonces, de todo el personal docente con el concurso del auditorio. Desde 1402 fué también predicador de la capilla de Belen, en la cual, por expresa voluntad de sus fundadores, debían predicarse los sermones precisamente en checo. Por aquel tiempo se efectuó

(1) Laserth: *Hus und Wicliffe. Zur Genesis der husitischen Lehre*. Leipzig, 1884.

en Juan Huss una transformación profunda, debida al estudio de los escritos doctrinales de Wicliffe. Ya conocia desde algun tiempo antes las obras filosóficas del reformador inglés, cosa nada singular, pues que desde el casamiento del rey Ricardo II de Inglaterra con Ana, hermana del rey Wenceslao, existian bastantes relaciones entre ambos países; muchos bohemios estudiaron desde entonces en Oxford, y Jerónimo de Praga declaró, cuando fué interrogado, que estudiando en Oxford habia copiado el *Diálogo* y el *Tridlogo* de Wicliffe y los habia llevado á Bohemia. Allí la doctrina del inglés hizo el efecto de la chispa que inflama los combustibles preparados para una hoguera; en estas obras los reformistas bohemios encontraron ya deducidas todas las consecuencias de los principios que ellos mismos habian ido sentando, y las hallaron fundadas y apoyadas por la Sagrada Escritura; en fin, vieron en ellas una doctrina completa, que fué para su ardiente deseo reformista un tesoro tanto mas precioso cuanto que tenia el sello patriótico, que tanto halagaba su propio sentimiento nacional. Huss se

identificó tanto con la doctrina de Wicliffe, que en su propaganda la repitió casi literalmente. Este descubrimiento no ha dejado de disminuir el mérito de Huss como personaje histórico universal, pero de ningun modo como personaje histórico de su patria, aunque no haya sido él, sino Wicliffe, el autor espiritual del gran movimiento eclesiástico revolucionario que partiendo de Bohemia conmovió en el siglo xv el centro de Europa, y por esto hablan los autores coetáneos solo de los wicliffitas de Bohemia. Lo que el husitismo añadió á la doctrina de Wicliffe no salió de Huss como autor, sino que fué producto de las condiciones nacionales, políticas y sociales propias de Bohemia y del genio nacional del pueblo checo.

Circunstancias puramente exteriores favorecieron esta corriente. La Iglesia de Bohemia no estaba gobernada á la sazón como cuando ocupaban la silla arzobispal de Praga hombres tan graves, morales, creyentes, solícitos y enérgicos como los arzobispos Arnest y Juan de Jenzenstein; por otra parte favorecia el movimiento nacional y reformis-



Guerreros húngaros del siglo xiv

Iniciales del manuscrito del año 1330: *Marci chronica de gestis Hungarorum*, que se conserva en la biblioteca del palacio imperial de Viena.

ta el mismo rey Wenceslao, ya por ser aficionado á especulaciones teológicas, ya para ganar las simpatías de los elementos populares y nacionales contra la liga que en su daño habian formado los nobles territoriales. Por lo mismo fué nombrado Huss capellan de palacio, donde ganó gran influencia, y en todas las contiendas entre checos y alemanes tomó el rey partido por los primeros, como sucedió en la excision que hubo entre ambos elementos en la universidad de Praga. El elemento checo era partidario de la reforma y el aleman del papado y de su Iglesia; y en 1402 la universidad, á excitacion del cabildo de la catedral, condenó 25 proposiciones de Wicliffe y prohibió su enseñanza, aunque sin resultado, por ser el arzobispo Sbinco hombre demasiado tolerante y condescendiente, tanto que la curia papal le excitó á proceder con energía contra los propagandistas de las doctrinas de Wicliffe. Dos sínodos que prohibieron esta propaganda tampoco fueron obedecidos, y aunque se instruyeron causas eclesiásticas contra varios adeptos de Huss, todavía se dejó á éste en libertad. La actitud del arzobispo era en todo esto bastante ambigua, porque en el mes de junio del año 1408 hizo declarar por un sínodo que en Bohemia no se habian descubierto todavía herejías wicliffitas, pero al mismo tiempo dispuso un auto de fe de las obras de Wicliffe.

En estas circunstancias la situacion eclesiástica de Bohemia cambió súbitamente con la convocacion del concilio general para concluir con el cisma. El rey Wenceslao se separó de Gregorio XII y declaró el reino de Bohemia neutral; pero el arzobispo continuó prestando obediencia á este papa, y lo mismo hizo la universidad de Praga, porque ganaron los votos de los alemanes y de dos otras nacionalidades contra los checos acaudillados por Huss, que estaba

por la neutralidad. Esta victoria de los alemanes exasperó al rey tanto, que, excitado por los checos, dispuso en el mes de junio de 1408 que en adelante el elemento checo tuviera en la universidad tres votos y las otras tres nacionalidades juntas solo un voto. Protestaron los alemanes, pero sin éxito, y el rector, que era aleman, tuvo que ceder su puesto á un checo. A consecuencia de este cambio los profesores y estudiantes alemanes abandonaron la ciudad y el reino, y se fundó para ellos, como es sabido, la universidad de Leipzig. Con la marcha de los alemanes, el arzobispo Sbinco perdió sus mejores auxiliares contra los wicliffitas, y tuvo además que abandonar el partido de Gregorio XII por intimacion del nuevo papa Alejandro V.

Esta especie de triunfo dió á los wicliffitas mas ánimo, como se ve en los escritos de Huss, que desde entonces, en lugar de ideas y giros sueltos de Wicliffe, empleó hasta extractos de las obras del reformador inglés (1); y finalmente se hizo inevitable el conflicto. Por orden de Alejandro V, el arzobispo de Praga abrió una causa contra la propaganda wicliffita; muchos escritos del reformador inglés fueron condenados al fuego en 1410, y se prohibieron los sermones fuera de las iglesias donde se habian hecho costumbre. Huss apeló entonces al papa Juan XXIII, que entretanto habia sido elevado á la silla de San Pedro como sucesor de Alejandro V; pero á pesar de esto, se verificó la quema de los libros citados el 16 de julio, y dos dias despues fueron excomulgados Huss y todos los que no habian entregado los libros prohibidos. Esto aumentó la agitacion de las masas hasta tal punto que el pueblo habria degollado á los que se hubiesen atrevido á hablar mal de Wicliffe. Huss empezó

(1) Laserth, pág. 108.

á decir en sus sermones que en caso necesario era preciso defender la ley divina con las armas, y en discusiones académicas públicas hizo abiertamente propaganda á favor de la doctrina de Wicliffe. Sus discipulos continuaron predicando al aire libre, y Huss mismo se alaba en sus escritos de haber reunido hasta diez mil oyentes. Sus adeptos recorrian el país, como habian hecho los de Wicliffe en Inglaterra, y en todas

partes acudia el pueblo en masa para oír sus sermones. El rey Wenceslao tomó partido por Huss, y en una carta que dirigió á Juan XXIII se quejó de la quema de los escritos de Wicliffe y pidió la libertad del sermón. Al mismo tiempo, muchos varones y el consejo municipal de Praga opinaban como el rey. En otoño del mismo año 1410 recibió Huss la citacion para presentarse en Roma; el rey pidió que se retirara la



Entrada en Constanza del papa Juan XXIII para tomar parte en el concilio.

Dibujo de la *Crónica del Concilio de Constanza*, escrita hácia el año 1417 por Ulrico de Richental. — Consérvase este manuscrito en la biblioteca municipal de Constanza.

citacion, diciendo que Huss daria sus descargos en Praga; y como en efecto no se presentó en Roma ante la curia, fué excomulgado y la ciudad de Praga puesta en entredicho en otoño del año siguiente (1411). Wenceslao continuó mediando, y Huss declaró ser fiel á la doctrina de la Iglesia y que se le calumniaba atribuyéndole extravíos heréticos. El papa Juan XXIII deseaba evidentemente tambien arreglar el asunto pacíficamente, por lo menos para no verse obligado á reunir con este motivo un concilio; pero sucesos inesperados echaron por tierra todos estos cálculos. Murió el conciliador arzobispo Sbinco, y el Papa publicó una indulgencia para todos los que tomaran las armas con-

tra su enemigo, Ladislao de Nápoles, el protector de Gregorio XII. Pronto se estableció tambien en Praga un banderín de enganche con la venta de indulgencias, y esto dió justo motivo á los wicliffitas checos para levantar la voz mas que antes y esgrimir las armas que les ofrecian los escritos de Wicliffe directamente contra el papado y contra toda la organizacion de la Iglesia papal. Hubo tumultos, y el pueblo irritado quemó las bulas de indulgencias. Entonces quiso Wenceslao intervenir con rigor; pero ya era tarde, y en lugar de aterrar al pueblo lo exacerbó mas. Juan XXIII hizo continuar la causa formada á Huss, que continuaba recalcitrante; lanzó contra él la excomunion mayor, decretó su